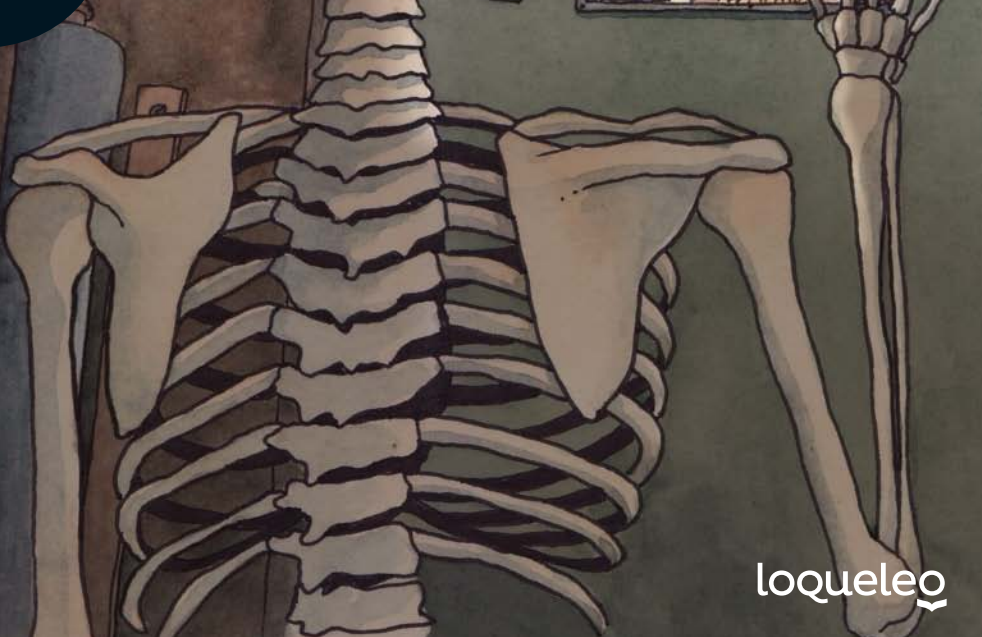


El terror de Sexto "B"

Yolanda Reyes

Ilustraciones de Daniel Rabanal





www.loqueleo.santillana.com

© Del texto: 1995, YOLANDA REYES
© De las ilustraciones: DANIEL RABANAL
© De la edición: 2002, DISTRIBUIDORA Y EDITORA RICHMOND S.A.,
Calle 80, n° 10-23. Santafé de Bogotá-Colombia
© 2003, 2005, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4563-4

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Reyes, Yolanda

El terror de Sexto B / Yolanda Reyes ; ilustrado por Daniel Rabanal. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

80 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Naranja)

ISBN 978-950-46-4563-4

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Rabanal, Daniel, ilus. II. Título.

CDD Co863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 4.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016 EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

El terror de Sexto “B” y otras historias del colegio

Yolanda Reyes

Ilustraciones de Daniel Rabanal

loqueleq

*A Hernando y Beatriz.
A Luis, Isabel y Emilio,
en orden de estatura
y con un amor demasiado grande.*

Circular para los lectores de estas historias

Los papás siempre dicen: “Cuando yo tenía tu edad, era el mejor de la clase”. Dicen también que el colegio es la época más divertida de la vida, la más feliz y sencilla... Dicen y dicen mil maravillas por el estilo.

Claro que los papás llevan muchos años fuera del colegio y son gente de pésima memoria. Ya no se acuerdan del jefe de estudios ni de las malas notas. Es más, yo creo que sólo se acuerdan de las vacaciones.

Estas historias del colegio no son así. Sucedieron hace muy poco tiempo,

en lugares muy cercanos, y me las contaron alumnos que tienen la memoria nueva, porque la han gastado poco en aprenderse los accidentes geográficos o los ríos más largos del mundo.

Si por casualidad encuentran a un compañero con un nombre parecido en su colegio, piensen que es una simple coincidencia y no se lo digan a nadie, para evitar problemas. Ya es suficiente con los que tiene que resolver un alumno durante cinco días a la semana, durante cuatro semanas al mes, durante nueve meses al año, durante doce o más años de colegio. Si son buenos para multiplicar, hagan la cuenta del tiempo que eso significa:

(5 días \times 4 semanas \times 9 meses \times 12 años. R=.....)

Pero si les da pereza, envíenle el problema al profesor de matemáticas. Seguro disfrutará resolviéndolo con cálculos mentales o incluyéndolo en su próximo examen escrito.

Y a propósito de los profesores, no crean que siempre se divierten. Se

sorprenderían si supieran todo lo que ellos mismos me han confesado. Sé, por ejemplo, de una profesora de música que se moría del susto con los monstruos de Cuarto “C”. Las manos le sudaban, las rodillas le temblaban y se le borraba la voz, hasta que la mamá tuvo que ir a hablar con la directora, porque le iban a traumatizar a su hijita.

También me sé historias muy románticas que han sucedido entre las cuatro paredes del colegio. Todas son reales. Como me las contaron, las cuento.

Frida

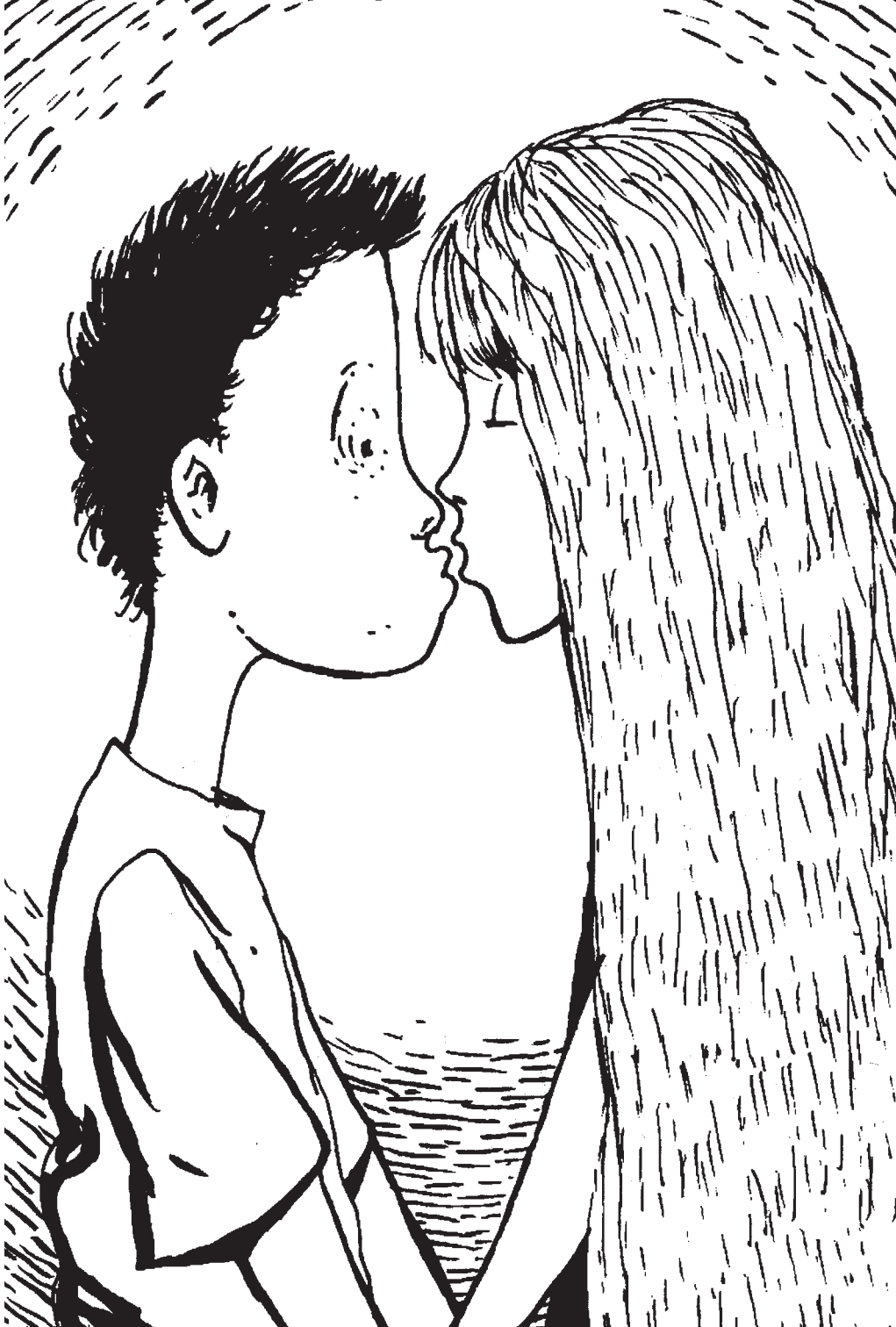
De regreso al estudio. Otra vez, primer día de colegio. Faltan tres meses, veinte días y cinco horas para las próximas vacaciones. El profesor no preparó clase. Parece que el nuevo curso lo toma de sorpresa. Para salir del paso, ordena con una voz aprendida de memoria:

—Saquen el cuaderno y escriban, con bolígrafo azul y buena letra, una composición sobre las vacaciones. Mínimo una hoja por los dos lados, sin saltar renglón. Ojo con la ortografía y la puntuación. Tienen cuarenta y cinco minutos. ¿Hay preguntas?

Nadie tiene preguntas. Ni respuestas. Sólo una mano que no obedece órdenes porque viene de vacaciones. Y un cuaderno rayado de cien páginas, que hoy se estrena con el viejo tema de todos los años: “¿Qué hice en mis vacaciones?”.

“En mis vacaciones conocí a una sueca. Se llama Frida y vino desde muy lejos a visitar a sus abuelos colombianos. Tiene el pelo más largo, más liso y más blanco que he conocido. Las cejas y las pestañas también son blancas. Los ojos son de color cielo y, cuando se ríe, se le arruga la nariz. Es un poco más alta que yo, y eso que es un año menor. Es lindísima.

Para venir desde Estocolmo, capital de Suecia, hasta Cartagena, ciudad de Colombia, tuvo que atravesar prácticamente la mitad del mundo. Pasó tres días cambiando de aviones y de horarios. Me contó que en un avión le sirvieron el desayuno a la hora del almuerzo y el almuerzo a la hora de la comida y que luego apagaron las luces del avión para hacer dormir



a los pasajeros, porque en el cielo del país por donde volaban era de noche.

Así, de tan lejos, es ella y yo no puedo dejar de pensar en ella un solo minuto. Cierro los ojos para repasar todos los momentos de estas vacaciones, para volver a pasar la película de Frida por mi cabeza.

Cuando me concentro bien, puedo oír su voz y sus palabras enredando el español. Yo le enseñé a decir camarón con chipichipi, chévere, zapote y otras cosas que no puedo repetir. Ella me enseñó a besar. Fuimos al muelle y me preguntó si había besado a alguien, como en las películas. Yo le dije que sí, para no quedar como un inmaduro, pero no tenía ni idea y las piernas me temblaban y me puse del color de este papel.

Ella tomó la iniciativa. Me besó. No fue tan difícil como yo creía. Además fue tan rápido que no tuve tiempo de pensar “qué hago”, como pasa en el cine, con esos besos larguísimos. Pero fue suficiente para no olvidarla nunca. Nunca jamás, así me pasen muchas cosas de ahora en adelante.